

## LA CONSTRUCCIÓN GEOPOLÍTICA LATINOAMERICANA: UNA MIRADA AL DISCURSO (1)

Natalia Agudelo Sepúlveda

Profesional en Filosofía y Letras. Magistra en Estudios Latinoamericanos.

[ariatna\\_azul@hotmail.com](mailto:ariatna_azul@hotmail.com)

Manizales, 2005-02-22 (Rev. 2005-04-27)

### RESUMEN

Este artículo es el primer capítulo de la tesis de maestría: *América Latina entre regímenes y modelos: deconstrucción de los discursos sobre identidad y desarrollo*. Este texto es una aproximación al debate acerca de los discursos de poder y de cómo estos pueden rastrearse en la historia latinoamericana en los modelos de desarrollo. Para el caso se maneja una tesis fundante: el poder y sus construcciones discursivas son y se constituyen en la medida de crear la realidad y la verdad. Uno de los argumentos que se exponen es del todo crítico: América Latina es una creación discursiva que devela al poder en todas sus expresiones, poder que no es otra cosa que una maquinaria geopolítica.

### PALABRAS CLAVE

Discursos, desarrollo, América Latina, poder, mecanismos de verdad, globalización, modelos económicos.

### ABSTRACT

This article is the first chapter of a master thesis: *Latin America between regimes and deconstruction models about discourses of identity and development*. This text is an approximation to debate about discourses of power and how can those be found in Latin American history in development models. The first thesis showed is that power and discoursing constructs are and comes to be reality and truth. One of the arguments that is exposed is entirely critical: Latin America is a discoursing construct which blockades power in all of its expressions, power that it is not other thing that geopolitical machinery.

### KEY WORDS

Discourses, development, Latin America, power, mechanisms of truth, globalization, economic models.

---

*"(Sarajevo, 1946) Aquí, como en Belgrado, veo en las calles un número importante de mujeres jóvenes cuyo  
cabello está encaneciendo  
o ya se ha vuelto gris.  
Sus rostros atormentados son aún jóvenes y las formas de sus cuerpos  
revelan aún más claramente su juventud.  
Me parece apreciar en las cabezas de estos seres frágiles  
la huella de la última guerra...  
No puedo conservar esta escena para el futuro,  
pues muy pronto esas cabezas serán aún más blancas y desaparecerán.  
Es de lamentar, pues nada podría explicar más claramente a las generaciones futuras los tiempos que nos ha  
tocado vivir que estas jóvenes cabezas encanecidas,  
privadas ya de la despreocupación de la juventud.  
Que al menos estas breves palabras sirvan para perpetuar su recuerdo."  
Ivo Andric.*

*"Había quienes morían de frío en los portales de las iglesias o en las canteras del parque, frente a la playa; había  
quienes aparecían abandonados entre las rocas,  
con los huesos rotos y la carne reventada por el plomo.  
Un hombre atado escuchaba los aullidos de su hija  
mientras la partían por la mitad en el cuarto de al lado.  
Los presos reconocían a los verdugos por las voces y los olores  
y las maneras de pegar.  
Descubríamos que sentíamos miedo, y eso nos llenaba de asombro  
y de vergüenza.*

*La ciudad vivía con el aliento cortado.  
El aire estaba envenenado por la desconfianza, se hablaba en voz baja,  
las voces no tenían eco, las voces no coincidían con las caras.  
Estar libre resultaba sospechoso, pero nos encontrábamos sueltos y vivos  
y nos daban ganas de felicitarnos.  
Los niños dibujaban túneles y animalitos que escapaban por los túneles.  
Se hacía el amor como si no fuera a repetirse nunca.  
'si caigo y no me matan, voy a mandarte cartas debajo de la lengua de alguien'. Decir: 'hasta la semana que  
viene', era una estupidez. Pensaste, dijiste, dudaste: alguien murmuraba tu nombre antes de desmayarse:  
reconocías el reloj de tu mejor amigo en la muñeca del soldado que entraba a detenerte..."*

Eduardo Galeano .

Este capítulo intentará mostrar cuáles han sido los mecanismos por los cuales América Latina puede pensarse como una construcción geopolítica. Tales mecanismos en este caso aluden a tipos de discursos que se han diseminado en su historia. Por lo tanto aquí develaremos tal problemática desde algunas determinaciones económicas –como es el caso del Modelo de Sustitución de Importaciones (2)- y conceptuales –desde la pregunta por la noción misma de desarrollo-.

Se parte de una tesis que intentará enfrentarse a sí misma, más que resolverse, en esta sección del escrito: América Latina se entiende como una construcción de 'verdad', de sentido y de significación dada por los imperativos de verdad de las lógicas de poder que están dentro de los márgenes de la universalización.

La pregunta que se nos haría de inmediato es: ¿por qué aludir a una construcción geopolítica si ésta, y de una manera superficial, sólo alude a términos territoriales y militares-entendiendo su definición- más no a los caracteres de verdad y sentido ni a muchos otros que parecen prioritarios y distintos?, ¿por qué no mejor hablar de las construcciones geoeconómicas o geoculturales? Estas dos preguntas dan inicio también a la tesis que se presenta, puesto que lo que intentará mostrarse es que la geopolítica refiere a más sentidos que al territorial-militar. Estas interrogantes vienen dadas en un diálogo con Manuel Garretón, el cual nos dice lo siguiente:

*"Entre los significados principales de los fenómenos que configuran lo que se llama globalización o planetarización o mundialización, y usamos estas tres acepciones indistintamente para quitarle a la de globalización su connotación ideológica, está el que hoy día se pasa de un mundo geopolítico a un mundo geoeconómico y, sobre todo, geocultural. Hoy el espacio se define menos en términos territoriales, por las transformaciones comunicacionales, y el poder se define menos en términos militares, producto de los avances institucionales y del desarrollo de conocimientos que definen otras esferas de poder. El mercado no logra constituirse como el espacio que los reemplace; tampoco la posesión de los medios de producción o la riqueza determinan exclusivamente el poder. Todos los elementos cuentan y son importantes, en la medida que asistimos a una diversificación de las dimensiones societarias." (3)*

Lo que aquí se ve es que cuando se habla de América Latina no puede sólo quedarse en el plano de lo geopolítico, ya que son muchos más los elementos que de ella pueden desprenderse, máxime si a lo que se alude es a la diversificación tanto de las dimensiones societarias, como de las variables históricas referidas a la crisis de la política (4). Inclusive si la diferenciación se hace en términos del tipo de espacio, la dinámica del poder y el papel de la economía, la comunicación y el mercado, estos tres como indicadores del análisis, seguramente que se da un cambio en la noción pretérita.

En este sentido, ¿el poder no se define en términos militares?, ¿la multidimensionalidad del poder anula el primer orden de su definición?, ¿cómo la riqueza va a determinar 'exclusivamente' al poder si éste nunca ha sido un singular en sí mismo?, ¿alguna vez el poder ha tenido una forma y una acción particular? Si bien asistimos a una diversificación de las dimensiones societarias, no parecen ser estos los argumentos que develen que en efecto debe hablarse de geoeconomía y geocultura, fundamentalmente porque no han cambiado las características que, a ojos de Garretón, son la plena modificación del mundo. La globalización no puede ser, sin una definición exclusiva y excluyente, el argumento bajo el cual esta misma noción se sostenga.

No obstante, y a sabiendas de las diferenciaciones existentes entre lo geopolítico, lo geoeconómico y lo geocultural, lo que aquí quiere expresarse como la construcción geopolítica de América Latina viene mediado por cuatro aclaraciones:

1. Posiblemente estas tres acepciones tengan un sentido sucesivo, es decir, puedan narrarse en tanto algunas consideraciones históricas que van de una a la otra como si fuesen procesos de transición. En esta medida tendría que haber una diferenciación entre ellas siempre que se aluda a determinada ruptura histórica o a determinado tipo de discurso.

2. En una pregunta que trascienda la reflexión sobre el origen o que no esté de la mano con la sucesión de las tres características, puede pensarse en que, y sin ser reduccionistas, el concepto de geopolítica puede abarcar

las otras dos nociones en la medida en que el análisis se instituya desde un viraje de la noción de 'la política' hacia 'lo político'.

3. Si la política es sólo referida, en una definición simple, a las relaciones entre los hombres y entre ellos y el Estado, más aún, estos tres actores (la individualidad, la colectividad y el Estado, éste último tanto como administración, territorio y legalidad) relacionados con su exterioridad, su afuera territorial, tendríamos que en todo caso lo geoeconómico y lo geocultural vendrían instalados en la misma lógica. La discusión sin embargo cambia cuando no es la política ni las fronteras aquello que se legitima o se ejerce dentro del orden mundial, sino que la economía es en la medida de su internacionalización, al igual que la cultura, si se hablase por ejemplo de la cultura de masas. Es por ello que aludir a lo geopolítico requiere de una precisión contextual, en la que tendría que referirse al hecho de la política en términos internacionales, no sólo territoriales, justo cuando la política empieza a develar una apertura de fronteras, su propia resignificación.

4. Lo interesante de incurrir en el concepto de geopolítica además de generarle un sentido de por sí distinto, es el hecho de jugar con las fronteras, en la posibilidad de ampliarlas o disminuirlas. Tal aclaración no devela la relatividad del concepto sino sus características. Sin embargo ¿por qué no más bien crear un nuevo concepto para lo que aquí se define en términos de una resignificación de la geopolítica?

Sin embargo, ¿podría hacerse una división real de estas tres nociones? suponiendo que no es posible hacer una diferenciación ¿por qué llamar entonces geopolítica a aquella noción que equipara el significado de las tres? Sin duda que uno de los argumentos en contra de la noción de geopolítica como posible aglutinador de las otras dos nociones se referiría al hecho de aludir a una reducción de los campos societarios, económicos y culturales a lo político. Tanto determinismo político como reducción conceptual, el concepto clásico de geopolítica se vería inmiscuida en este embrollo semántico. De todas maneras y a ciencia cierta, cuando la literatura contemporánea habla del paso de la geopolítica a la geoeconomía lo hace en tanto la discusión acerca de la globalización y mediante una premisa fundante: la crisis de los Estados-Nación. Una de las principales características de la virtual 'era global' se refiere al paso existente entre tal forma de organización política económica a la ya conocida participación global. En estos términos, las relaciones internacionales y las características del poder no se darían tanto por la conformación política de cada Estado y su importancia en el mundo actual, sino en la medida de unas relaciones económicas que se develan como necesarias y que a su vez se leen como respuesta a lo que se llama globalización económica desde la perspectiva de la apertura de fronteras y el rol de los mercados. Así es que entendido el cambio de la 'naturaleza' (5) de la nueva condición del pos-orden mundial, cambia la caracterización de cómo él es entendido.

Pese a este sentido de la geopolítica versus la geoeconomía, nos parece prioritario seguir aludiendo a las razones necesarias para retornar a la geopolítica, ya entendida ésta desde una nueva perspectiva y mediante una relación de complejidad con los factores económicos, sociales, e inclusive, ideológicos.

Entre las consideraciones de la geopolítica contemporánea entran procesos históricos que pueden verse de una manera fragmentada. Esto quiere decir que si se mira a América Latina como una construcción geopolítica desde el discurso tendría que especificarse cuáles y en qué momento histórico han sido presentados y representados los discursos que la han generado, inventado o construido. Dentro de tal especificación entrarían los nombres bajo los cuales se ha enunciado a América Latina, las políticas que de allí se han desarrollado y la realidad que se ha desprendido de los enunciamientos.

Para este caso tendría que entrar a mirarse con detalle esas tipificaciones o enunciamientos dados en los discursos: Tercer Mundo, países en Vías de Desarrollo, Sur, Subdesarrollo y Periferia. Cada uno de estos nombramientos ha tenido su ciclo político, aunque una noción las ha acompañado casi como premisa fundante: el desarrollo (6).

*"Sus fundamentos económicos (se refiere a los países que se independizaron de sus coronas) eran, en general, débiles dada la dependencia que habían tenido de las economías metropolitanas, que en muchos casos habían impuesto una excesiva especialización, mediante la práctica de monocultivos. Estos dos efectos combinados (incluyendo el peso demográfico) han producido una situación de subdesarrollo, que es el concepto más generalmente aplicado a todas las sociedades del Tercer Mundo" (7).*

El discurso del desarrollo fue el que empapó la construcción de América Latina, tanto por las tipificaciones de las que hablábamos, como por el tinte no ideológico que se desprendía de ello, es decir, el carácter aparentemente neutral y promisorio que tendría el hecho de abocarse por una solución viable a las condiciones sociales y políticas de la región desde una postura económica. "De hecho, parecía imposible calificar la realidad social en otros términos. Por doquier se encontraba la realidad omnipresente y reiterativa del desarrollo" (8), inclusive en las contracorrientes del capitalismo.

Otra aclaración prioritaria debe hacerse antes de dar inicio a las argumentaciones bajo las cuales nos situaremos. Ésta aclaración se hace en la medida de una solicitud casi urgente ante la coherencia y disciplina

frente a la historia y el cuidado que a ella debe enmendársele en tanto una sucesión de dos condiciones de un plano ontológico distinto: los hechos y las producciones teóricas respecto a ellos. Nos parece fundamental aludir a una cuestión bastante rebatida: ser responsable con la historia no quiere decir que deba dejársele en el lugar de una línea de acontecimientos sucesivos de carácter o efímero o estructural o diacrónico, tanto en la medida de las lecturas formales que se tengan de ella, como desde las caracterizaciones de legitimación que de ella se procuren. Así, el hecho de abordar un tema como los discursos mediante los cuales se ha construido una visión de la realidad latinoamericana desde su enunciamiento, no implica desarrollar los procesos que ahora pueden leerse a manera de transiciones. Por el contrario, lo que sí implica la forma como se desarrollará la siguiente tesis, desde una mirada no por ello a-histórica sino más bien anti-historicista, es denunciar ese carácter de lo histórico en la medida de 'lo verdadero' que, además, involucra el hecho de, en la plena 'renovación' de los enunciados, aludir al olvido como condición única de la legitimación de la verdad (9).

Para explicar esta última afirmación es necesario entonces encontrarse con el debate propuesto por Jean-François Lyotard en el que, de una manera muy interesante, muestra cómo para el caso de los paradigmas científicos, el hecho de las transiciones de la verdad o, en nuestro caso, de las nuevas legitimaciones de enunciados, dan nombre a lo que es verdadero y, supuestamente y a su vez, a lo que es justo. Transiciones vistas como sucesiones e, inclusive, como evoluciones, en donde lo pretérito es cubierto por lo presente y así hasta el infinito.

Reconciliar esta visión de la historia con la crítica o propuesta de la vuelta al análisis de la geopolítica en un sentido amplio, nos lleva de nuevo a una Manuel Garretón, en una tesis con la que estamos de acuerdo. Si bien nombramos la geopolítica desde la resignificación de lo que son las fronteras y en lo que se ha convertido la política en términos de una resignificación conceptual, lo que queda después de cualquier análisis posible y, en esa medida, lo que debe estar claro incluso desde el principio de una aproximación a las construcciones de realidad, es que ésta es sólo posible en la medida de un cambio en la cultura, entendida como forma de ver la vida. Los aspectos de la modernidad occidental adoptada por América Latina, la crisis de la política y sus actores, los embrollos de la economía modernizante y, en fin, todo aquello que trajo la inserción de Latinoamérica al mundo, son aspectos todos que *"no se determinan solamente por proyectos ideológico-políticos; tampoco se reducen a exigencias o requisitos del desarrollo económico, sino que son campos de expresión de la subjetividad y de conflictos en torno a maneras de ver la vida"* (10).

Indudablemente, el cambio cultural es inseparable de las modificaciones del contexto. No obstante no es por ello que pueda pensarse que la construcción latinoamericana a partir de los discursos de poder sea geocultural, fundamentalmente porque, como explicaremos en el recorrido del escrito, la globalización y cada uno de esos aspectos que la relatan, no son ni un universal ni un manto que cubija a la mayoría de los habitantes del mundo; ésta es pues una quimera, una simple virtualidad (11).

\* \* \*

Situados ahora en un crítica frente a una construcción geopolítica de América Latina que fundamentalmente residió en el hecho de fomentar una realidad desde el lenguaje y desde unas categorizaciones anidadas en los espacios políticos, diríamos que, y a manera de introducción ya no aclaratoria, se ha llegado el tiempo de pensar en un quehacer que no sea imaginario, como cuando nos referimos a consideraciones de utopías modeladas en proyectos particulares, un quehacer que no sea un proyecto colectivo de comunidades específicas en tanto su susceptibilidad de ser eliminadas, un quehacer que, crítico, intente apartarse de la lógica del poder que lo ha tenido subsumido a la dominación desde la interiorización de sus mecanismos, sus funciones y su ejercicio mismo. Este quehacer, que no osa metamorfosearse en una fórmula simple, intentaría denotar una dinámica distinta desde la lógica de la oposición conceptual radical. No sugiere un movimiento de resistencia que, con las formas anteriores, se sumerja en las demás posibilidades que quedan por fuera, sino que amerita una transformación de tales formas desde el lenguaje. La lógica del poder, que aquí se manejará como el mecanismo de la verdad, se ha instalado en el discurso —no ya en su primera acepción, un discursar eterno, un ir de aquí para allá— como aparato que sustenta la forma de la realidad mientras, incluso, construye la diferencia.

Pensamos que la modernidad había trastocado los límites de la verdad absoluta al secularizar la idea de Dios, pensamos que sus críticos primeros habían desenterrado y cambiado de tumba lo divino para acomodar a la Razón, nos damos cuenta, sin muchos siglos que lo mediaran, que las apuestas al conocimiento podían devenir en posturas políticas inalienables. Supimos de la complejidad de las nuevas razones que se alzaban como verdad e intentamos pluralizarla, pero la fuerza de cada una de ellas se extinguía en una jerarquización de interpretaciones. Ahora, después de varios siglos de modernidad y sin ella, decimos que o bien puede volverse al proyecto moderno o bien puede entenderse de la mejor manera. Incluso algunos, y con argumentos discriminatorios, dicen que la modernidad no se ha asomado por territorios específicos, y la entienden como esa utopía desarrollista de la sociedad perfecta. Nuestro quehacer depende también de esas discusiones, en las que ya no importa si insistir o no en la modernidad, sino que se intentan discutir y poner en tela de juicio sus otras nociones, ya no sólo la de Sujeto, la de Razón, la de Igualdad o Liberación, sino aquellas que se quedaron encerradas en los análisis mismos de las contracorrientes, corrientes o supracorrientes, como lo son la noción de desarrollo, la de identidad y la de sostenibilidad.

Compartimos con De Sousa, pensador contemporáneo portugués, que incluso las oposiciones ideológicas más claras de la discusión moderna del siglo XX han sido reconciliadas bajo estructuras semánticas de significado. Así:

*"El icono de la oposición capitalismo/socialismo fue reemplazado por el icono de la sociedad industrial; luego, por el de la sociedad posindustrial y al final por aquel de la sociedad informática. La oposición entre el imperialismo y la modernización fue gradualmente sustituida por el concepto intrínsecamente híbrido de la globalización. La oposición revolución /democracia fue drásticamente suplida por los conceptos de ajuste estructural y del Consenso de Washington, al igual que por conceptos híbridos como la participación o el desarrollo sostenible" (12).*

No obstante, puede irse un poco más allá del análisis frente al hecho de suplir oposiciones conceptuales en una problemática distinta, como es el caso que aquí citamos. Siguiendo con esta idea, la característica de la modernidad del siglo XX es precisamente que las oposiciones o dualismos, a manera de una lógica kantiana, cambian su naturaleza, significado o sentido, para instalar un nuevo concepto discursivo. Así, si bien a mediados de siglo en las luchas político-ideológicas la revolución se hacía a favor de un cambio de las estructuras tradicionales aunque no se basara fundamentalmente en la democracia, ahora, tras una historia de acontecimientos determinados, la revolución (conceptualmente resignificada en su uso) se hace a partir de la instauración de la democracia (conceptualmente restringida y singular). No sólo se presencia un cambio en las conceptualizaciones históricas, sino que se devela una orgía de sentidos al hacer del nombre, la designación o la consigna, una forma estética que no está en correlato con su significación y sí con su imaginario. A las cosas pues no se les llama por sus nombres, justamente porque lo que se trata es de, además de generar la realidad bajo el discurso, enmendar una característica imaginaria de lo real (13).

Después de haber creído rotos los universalismos, lo que se percibe es que el actor de lo universal fue quien cambió. Ahora no hay un afán de considerar las posiciones teóricas como doctrinas universales, no tanto por una incredulidad universalmente específica, sino por una imposibilidad de acción ante una postura desde unas diferencias completamente al descubierto. Los discursos, como los idiomas, andan en la plena configuración de su traductibilidad, y las creaciones discursivas, que siempre implicarán correr los límites del pensamiento (14), son rechazadas en los ámbitos académicos mundiales. Es difícil por ahora, y siguiendo a De Sousa, plantearse la existencia de una teoría universal-social, máxime si ésta apunta a ser totalizante. Lo que sí puede hacerse, a nuestro parecer, es develar aquello que se nos ha aparecido como universal-paradigmático y que ha encauzado a la historia como relato único.

Así, nos invita Manuel Reyes Mate a la pregunta: *"¿Podemos a estas alturas confundir universalización con occidentalización?" (15)*. La respuesta del autor es negativa, al igual que la nuestra. No obstante presentamos una idea aclaratoria, como él también lo hace: si por universal se entiende lo que es de hecho universal, es decir, que dentro de sí sostiene todos los particularismos, esta pregunta tendrá una respuesta negativa. No obstante, y en esto se insiste, la universalización es el ejercicio de volver universal un sólo tipo de lógica que pueda o bien subsumir los otros discursos particulares, o bien incluirlos o bien, y es el caso habitual, excluirlos. Por lo tanto la universalización siempre será un juego de poder que no sólo globaliza una forma de pensamiento político, una manera de ver lo religioso, una percepción de lo vital y de cómo llevar la vida o de cómo manejar la estructura económica, sino y fundamentalmente, globaliza una forma de verdad en singular.

En este siglo se nos haría por más difícil creerle a Hegel cuando, en su Filosofía de la Historia, alude a que los negros –para nuestro caso bárbaros y todos aquellos no europeos, fundamentalmente basándose en los africanos- no tienen historia. Y este no creerle al gran pensador del Idealismo Alemán tiene dos razones: 1. Ya las nuevas teorías de la Biología Evolutiva nos han dicho que todos los *homo sapiens sapiens* actuales venimos de África y 2. No es posible que se juzgue la historia desde la racionalidad europea, ni mucho menos que 'occidente' e 'historia' sean equivalentes como nociones. Sin embargo, este escepticismo con Hegel parece no esparcirse a otro tipo de supuestos o verdades que se han alzado en los finales del Siglo XX como lo es la visión triunfalista de Francis Fukuyama (16) y su fin de la historia, más hegeliano que Hegel, o las visiones positivas e ingenuas de una parte de la escuela de Frankfurt con Habermas (17) a la cabeza cuando nos dice que la razón es 'una', y así con todo tipo de 'verdad' que se nos empieza a instaurar, como bien lo demuestra Arturo Escobar desde sus estudios poscoloniales o la gran escuela posestructuralista, con nociones como el desarrollo, el progreso, en tanto una crítica deconstructiva de tales nociones de donde la democracia no osa escaparse.

Michel Foucault nos diría en este caso frente a la verdad, lo siguiente: *"No se trata de liberar la verdad de todo sistema de poder –ya que esto sería una quimera, pues la verdad es, por sí misma, poder-, sino más bien de separar el poder de la verdad de las formas hegemónicas (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona, por el momento. La cuestión política, en suma, no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o la ideología; es la verdad misma" (18)*. Esta cita nos deja tres posibles reflexiones para el caso que estamos tratando: 1. La verdad es un mecanismo de poder y, por lo tanto, siempre implicará tener la característica de ser verdad según alguien, algunos o algo. La verdad entonces no podría entenderse sin un correlato que la anuncie. 2. Lo verdadero no es sólo una construcción de universalidad, sino la universalidad misma en forma de construcción, como sería el caso de la globalización. Este último punto es neurálgico en la discusión a seguir, puesto que el hecho de sospechar de la globalización se haría sólo en la medida de ser ésta un discurso –o una

particularización para llamarla de otro modo- de una estrategia de poder en la que *el otro o los otros* sólo pueden ser en la medida de su inserción. 3. No es entonces sólo la verdad del poder la que entra en una crítica deconstructiva sino, y fundamentalmente, el poder de la verdad, inclusive, su equivalencia.

Esta problemática del discurso en la construcción de realidad, y un poco adentrándonos también en el discurso histórico, nos genera algunas preguntas, por más, difíciles de responder. Para ello, y con la intención de develar la configuración de América Latina como actor político desde el descubrimiento y transformación de esos campos semánticos, daremos una fecha posible y un análisis evidente: 1945, año en el que América Latina se estructura como actor político relevante.

Las propuestas discursivas invitan o crean la construcción de una realidad determinada, singular. Por esa misma razón, los procesos sucedidos en América Latina, que para el caso es a la que analizaremos en términos del discurso, no son más que ejercicios de propuestas enmarcadas como posibilidades que devienen una realidad específica. No obstante, y más que claro es evidente, América Latina está lejos de entenderse desde una lógica singular en la medida de las condiciones de su pensamiento, tal vez sí de su realidad. Es por ello que mirando, como diría Brecht, con un ojo extrañante, las discusiones y realidades en términos del discurso, puede develarse cómo es que los sumarios latinoamericanos responden a apuestas geopolíticas, incluso de orden ideológico. Las siguientes palabras de Arturo Escobar nos muestran la específica relación entre los regímenes de verdad y la historia latinoamericana:

*"Podríamos sin duda argüir que el tipo de desarrollo propuesto por los países avanzados fue un reflejo de los avances del conocimiento científico y tecnológico de la época, pero sin duda alguna ha terminado por convertirse en toda una tecnología política cuyo propósito es el manejo y, hasta cierto punto, la creación sistemática del Tercer Mundo. No se produce verdad en vano; se produce para crear realidades. El organizar un régimen de producción de verdad –tal como lo hizo el desarrollo- es al mismo tiempo el organizar todo un despliegue de formas muy reales en cuya materialidad esta verdad se encarna, dándoles forma. Aceptar la definición de subdesarrollados es, en gran medida, serlo. Iván Illich lanzó algún día una provocadora frase que, aunque problemática, encapsula esta situación en forma idónea: 'Sólo llevó veinte años para que dos billones de personas se definieran a sí mismas como subdesarrolladas', dijo" (19).*

Sin duda alguna lo que aquí menciona este autor, sumándole además las contundentes palabras de Illich, son el boceto de lo que han sido las políticas desarrollistas como discurso del poder y, fundamentalmente, todas las nociones que de ello se desprenden. El subdesarrollo sólo es en la medida de una apuesta de verdad y tal tipificación no sólo deviene una noción en términos políticos sino también simbólicos.

Aproximémonos a la pregunta por la temporalidad política de América Latina, como inicio del análisis que nos llevará a avalar las palabras de Escobar. Si bien todo el continente Americano se hace relevante para la escena internacional, no sólo por factores económicos sino también simbólicos, ideológicos, productivos y gnoseológicos, en los siglos de la conquista y la colonización, aquél demora unos siglos más en configurarse como actor político relevante. No es sino mirar algunos aportes de los pensadores europeos frente a la categorización de lo que es América para el mundo, su posibilidad de inserción y su Naturaleza. Hegel expresaba que, y desde la lógica del consagrado Espíritu Universal –por mas occidental/europeo-,

*"... de América y su cultura, especialmente por lo que se refiere a México y Perú, es cierto que poseemos noticias, pero nos dicen precisamente que esa cultura tenía un carácter del todo natural, destinado a extinguirse tan pronto como el Espíritu se le aproximara. América se ha mostrado siempre y se sigue mostrando floja tanto física como espiritualmente. Desde que los europeos desembarcaron en América, los indígenas han ido decayendo, poco a poco, al soplo de la actividad europea" (20).*

La expresión civilización o barbarie (21), a menudo utilizada para delimitar los continentes exteriores a Europa, no era otra que una expresión geopolítica de la verdad universal. La delimitación territorial era evidente. Incluso, como se ve en la cita de Hegel, la erradicación de la mentira y la falsedad, en este caso propio de cualquier otra cultura, no era llamado por el nombre de masacre sino desde su eufemismo: cruzada civilizatoria, en donde la verdad tenía el peso de la muerte. Este caso, no muy alejado de las Guerras de Religión sucedidas desde el Siglo XVI, marcaron un nuevo significado de la Tolerancia , sin duda sinónimo del exterminio.

De América como actor político mundial puede decirse que se inicia en los procesos de independencia dados por sus países integrantes, afirmación completamente válida incluso por el hecho del desplazamiento de la ideología europea y sus procesos históricos emparentados con el criollismo y el cambio que esto pudo haber provocado, en sus inicios, para la economía sustentada en las colonias y, por qué no, para la caracterización de otro actor económico. Sin embargo, lo que aquí se quiere mostrar es que la política en América se circunscribe al proceso de la modernidad en el mundo y en su adopción tardía, una modernidad que no le correspondía, pero que fue diseminada hacia todos los actores sustanciales pertenecientes a la lógica mundial de occidente (22). Los pensamientos de independencia corrían con la suerte de la posibilidad de una sociedad ilustrada, puesto que

desde los mismos límites americanos se escuchaba el correr de las aguas de la Revolución Francesa , la creación de un Estado soberano e independiente que pudiera menguar las determinaciones y divisiones sociales existentes. Incluso en el pensamiento de Bolívar la discusión iba más allá de las fronteras Estado-Nacionales que supieron tener a Europa de las pestañas, en sus grandes guerras interestatales y en los posteriores repartos de territorios ulteriores a los encuentros bélicos. Rezaba Bolívar en la Carta de Jamaica de 1815:

*“Yo deseo, más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria (...) es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación, con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un sólo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse” (23).*

El superar los Estados nacionales que se vinieron con las guerras de independencia repercutía, incluso, en la forma de hacer política: la mirada estaba puesta en una geopolítica latinoamericana que, claramente, distanciaba a las dos Américas. Máxime si después de aquellas –de su diferenciación- los caminos se alterarían hasta formar redes inconexas. De hecho en la propia América Latina, las confrontaciones nacionales como las de Brasil y Argentina en tal período, no dieron pie a la posible consolidación de las Américas, tanto por el papel del naciente Uruguay como por la poca fuerza ejercida en los años del liberalismo.

Sin embargo, así como la historia del Siglo XX cambia todas las categorías de análisis, lo que nos interesa ahora es ver la geopolítica que apareció después de las llamadas dos Guerras Mundiales que, puede decirse al menos en esta parte, acabó, segregó y diseminó los procesos propios de los continentes no involucrados, a tal punto de haber quedado tan de cabeza como los que participaron en ellas.

Es necesario anotar que para los Siglos XIX y XX, el continente americano se encontraba dividido por límites económicos drásticos. Ya no existían unas posibles luchas singulares de independencia en contra de las coronas europeas, sino miles de diferenciaciones. Es por ello entonces que puede pensarse que es sólo América Latina, y no Norteamérica, quien a inicios y mediados del Siglo XX empieza a pesar en la esfera internacional (24), es decir, América Latina se vio modificada en el Siglo XX en tanto su convertibilidad a ser un nuevo actor político. Evidentemente Norteamérica pesaba desde antes en la esfera internacional y su viraje, posterior a las dos Guerras Mundiales, se inscribía en la medida de sus actos de poder. Esa modernidad tardía a la que entró América Latina y que la configuró como actor político, estaba basada sobre una reducción misma del concepto de lo moderno o del proyecto moderno, según se ve en las políticas ejercidas y en los cambios sucedidos en la Posguerra, las cuales son completamente reduccionistas: modernización económica sustentada en la industrialización, desarrollo económico como paradigma del progreso, y civilización. Premisas todas que se encuentran sobre la base del anhelado sueño de la disminución de la pobreza.

América Latina entra a una modernidad que ya estaba muriendo, justo cuando la razón tecnológica develaba su uso de la fuerza armamentista, el olvido de la Paz de Westfalia y las nuevas nociones de verdad que se alzaban a partir de las razones de la guerra que, además de los cabellos grises y las caras y brazos desaparecidos tras la muerte, trajo consigo la exclusión, la pérdida de territorios y la ausencia de sentido.

La construcción de América Latina como actor político mundial está entonces rastreándose después de la Segunda Guerra Mundial, en donde el reparto de poder del mundo cambió de consistencia y en donde el actuar político consolidó la necesidad, en las esferas de poder, de implementar unas nuevas verdades que se alzaban como discursos de economías singulares. Las discusiones para el espacio latinoamericano, además de económicas, empezaban a reconocerse como estratégicas, indudablemente porque ese reparto del poder tenía una característica prioritaria: la ideología que dividió el mundo en dos.

Si bien la lógica Bolchevique de principios de siglo, que desplazó a la Rusia zarista, tenía un afán universal, su estrategia política de diseminación se encontró más del lado de Europa y Asia que del 'nuevo mundo' al sur. El capitalismo, en cambio, sembró su semilla, cosechándola hasta el cansancio, en América Latina, como diseminador ideológico de unas pautas económicas de inserción a lo que podría ser un nuevo tipo de occidentalización, marcada no ya por Europa, como en el caso de Hegel, sino por la potencia mundial: Estados Unidos de Norteamérica.

\* \* \*

¿Por qué pensar, en todo caso, que el cambio de las premisas económicas significa una vuelta a la resignificación de lo político? Es exactamente en lo económico en donde más fácil se le encuentra al discurso su creación de realidad. Premisas como el desarrollo, el progreso y la industrialización, nacieron de intentos por mejorar la economía y, así mismo, de configurar un espacio político no político. Lo que aquí decimos es que el discurso promueve la existencia de determinado tipo de realidad, además de que ese mismo discurso se implanta en la legitimación de las esferas sociales. Por lo tanto no es sólo legal, sino legítimo. Una política que determina la dirección de la economía e implanta allí un significado como posibilidad, no es más que una

promoción discursiva de una realidad definida. La pregunta entonces no es la eterna pugna de la filosofía acerca de qué es lo real, sino de resquebrajar el mito de la unicidad de lo real, apoyándonos, claro está, en que la realidad se construye, no está dada simplemente. Incluso el debate acerca de lo real y lo posible puede leerse de otro modo, como cuando se dice que lo único posible es lo que ya es real, en palabras de Gilles Deleuze y Félix Guattari: *“Lo real no es imposible, en lo real, al contrario, todo es posible, todo deviene posible”* (25). La posibilidad surge pues de una realidad constituyente.

Existe una relación que debe develarse en las problemáticas del discurso: la relación lenguaje, mundo y realidad. Para el caso que nos convoca reseñemos de nuevo a Escobar en esta relación:

*“Este ‘efecto del subdesarrollo’ sólo ha sido posible gracias a la producción de un complejo dispositivo institucional (desde las universidades y entidades internacionales hasta las organizaciones locales, como por ejemplo las encargadas del DRI a nivel local); este dispositivo produce formas de conocimiento las cuales originan programas y prácticas específicas que terminan por construir la realidad social. Al aceptarnos como subdesarrollados, no sólo aceptamos no tener lo que ya otros tienen; también aceptamos la percepción misma de lo que es necesario y conveniente, de lo que es deseable tener y llegar a ser”* (26).

No obstante, al revisar el pensamiento estadounidense frente a América Latina se nos viene una desilusión desaforada, parecería que eso de la estrategia bipolar no tenía un sentido estricto y que más parecía responder a diseminaciones territoriales próximas y cercanas. Como se verá, las políticas para América Latina parecían, en ese entonces, venidas desde un afán de salvación a los pueblos apenas nacientes que, como las potencias mismas los llamaban, no eran más que infantes. A propósito las palabras, citadas por Arturo Escobar, de un estudio de la política exterior norteamericana, centrado en las discusiones de los años cuarentas frente a América Latina:

*“América Latina estaba más cerca de los Estados Unidos y tenía por ello muchísima más importancia que cualquier otra región del Tercer Mundo, pero los representantes norteamericanos la despreciaban cada vez más como área aberrante, ignorante y habitada por gentes incapaces de ayudarse a sí mismas y esencialmente infantiles (...) Siguiendo el lema de la naturaleza ‘infantil’ sostuvo con condescendencia (se refiere a George Kennan, jefe de planeación de políticas del Departamento de Estado) que si los Estados Unidos trataba a los latinoamericanos como adultos, tal vez tendrían que portarse como tales”* (27).

Con el peso de estas palabras y con la teoría de la sospecha que nos caracteriza al hablar del Imperio, debería pensarse que lo más lógico sería, para nuestra historia, el hecho de no obviar el acontecimiento duradero en el orden mundial de mediados del Siglo XX: La Guerra Fría. Guerra que hizo parte de esa consolidación económica que se entendía desde una estrategia primero política y en segunda instancia tácitamente militar, auspiciadora de la economía del lado de una de las dos fuerzas inalterables de la maquinaria internacional.

Después de la Segunda Guerra Mundial, dice Hobsbawm, *“la economía del mundo occidental inició su edad de oro, la democracia política occidental, sustentada en un extraordinario progreso de la vida material, era estable y la guerra se desplazó hacia el tercer mundo”* (28).

Si bien la Guerra Fría y todo su período, instaló una lógica precisa de desarrollo, el panorama mundial develaba una característica imprescindible con respecto a las resistencias: era el momento de apertura en que las revoluciones eran posibles, un momento histórico en el que, por algunos años, la antinomia política permitía la diferencia en términos de la identidad de una contradicción. Tal lógica dual, indiscutiblemente ideológica, permitía la intromisión pública de los modelos posibles en los ámbitos políticos, sociales y económicos. Sin embargo, la contradicción evidente entre la oposición capitalismo/comunismo revelaba un problema aún más complejo en tal período: la identidad de las resistencias sólo era en la medida de identificarse con uno de los dos modelos, independientemente de los imaginarios políticos divergentes que existieran frente a tal oposición. Posterior a la segunda guerra mundial América Latina se convierte también en un actor político relevante en la medida de ser el lugar de las revoluciones, como ocurrió en todo lo llamado Tercer Mundo. *“En cualquier caso, el tercer mundo se convirtió en la esperanza de cuantos seguían creyendo en la revolución social”* (29), inclusive y siguiendo a Hobsbawm, *“Cualquiera que sea la forma en que interpretemos los cambios en el tercer mundo y su gradual descomposición y fisión, hemos de tener en cuenta que difería del primero en un aspecto fundamental: formaba parte de una zona mundial de revolución, realizada, inminente o posible”* (30).

En los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial y posterior a la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que casi iniciaba su tarea en la implantación de Comisiones Económicas a nivel mundial, y en ese orden, aunque la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) fuese creada con la intención de provocar y promover una economía posible dentro de las nociones de la modernización y con algunos visos de autonomía, los resultados del Modelo que se indicaba fueron completamente distintos en cada país de Latinoamérica y muy por fuera de los márgenes, que a manera de intención, socorrían los argumentos a favor de una economía vestida de paradigma capitalista; fenómenos que se explican dada la claridad de las políticas macroeconómicas y

las variables que, aún hasta ahora, se han hecho universales: el mercado y sus formas de acción. Lo que se tiene con este modelo es un cambio en la configuración de América Latina en sus relaciones de poder internas, ya que se estaba al borde del inicio de una forma económica, en principio interesante, pero con una estrategia clara: su posterior desarrollo tras el discurso del desarrollo (31).

La implementación del Modelo de Sustitución de Importaciones, también llamado modelo de economía cerrada, "no se trató de un triunfo unidimensional de los intereses industriales cuanto de un cambio general del poder hacia el sector urbano, especialmente a los grupos organizados, a expensas de los intereses de exportadores primarios, antes dominantes. Y, en alto grado, a expensas de los pobres, no organizados" (32). La construcción de América Latina, entonces, se vio marcada por un quiebre y, a su vez, por la consolidación de un nuevo poder urgente para el orden global. El devenir de América Latina tras las políticas desarrollistas de mediados del siglo XX es visible: existía una contradicción entre el desarrollo económico y el desarrollo esperado, que no era más que un progreso en términos sociales. El posible valor de juicio imaginado respondía a un silogismo simple, una economía que crece implica una estabilidad social posible. No obstante el modelo respondió de otra manera, el crecimiento económico aparente implicó una mejor respuesta a la misma economía, sin que por ello implicara una plenitud, ni una cercanía a la plenitud de una reforma social que trajera consigo políticas públicas, mejoramiento del empleo y todos aquellos otros paradigmas asociados con la modernización. Como se ve, una nueva oposición empieza a aparecer, la de estabilidad social/desarrollo económico, sustituida fuertemente por la adopción de un modelo de desarrollo particular.

La idea del modelo podría parecer interesante si se le mirase con los ojos de las posibilidades que tenía. Una economía cerrada sería la forma por la cual se enterraría la economía extractiva (33) que nos hacía completamente dependientes del mercado internacional, además de causar problemas serios en el medio ambiente, visto éste desde su carácter complejo. No obstante, haber sustituido las importaciones para la posibilidad de iniciar con la industrialización tuvo problemas también de tipo drástico, como adelante lo veremos.

En el Modelo de Sustitución de Importaciones, la industrialización, que está dentro de la paradoja de la necesidad y la suficiencia -algunos la ven como proceso necesario y no por ello suficiente para las promesas modernas- era el parámetro o paradigma del pensamiento latinoamericano aunque, valga la aclaración, no implica en su significado al mismo desarrollo. Muchos eran los intelectuales que relacionaban el desarrollo de la utopía con el desarrollo económico o que, inclusive, planteaban el progreso como un quitarse de encima a la dominación. "Gabriela Mistral, refiriéndose a la política educacional del presidente Obregón en México, escribe en 1923: 'Lo que se destaca más vigorosamente en ella es su esfuerzo a favor de la enseñanza del indio, la preponderancia de la educación primaria sobre la universitaria y la índole radicalmente práctica con la que se busca hacer de México una nación industrial de primer orden. Así se podrá detener, con la invasión económica, la invasión política'" (34). Adolfo Dorfman escribe también, y ya en los cuarentas, su visión frente a La Argentina: "nadie puede dejar de reconocer, ni siquiera los más recalcitrantes apologistas de una Argentina basada fundamentalmente en la explotación agropecuaria, que la industria es el eje, el nervio, el coronamiento de una actividad económica encauzada por los senderos que más convenientes resultan para exaltar las riquezas y acentuar el bienestar de un pueblo" (35).

Tenemos entonces que mientras se aludía a un desarrollo en términos propios, el movimiento se ejercía de afuera hacia adentro y, en la mayoría de los casos, los cambios no fueron los esperados. Si bien principios básicos como la salud pública y la educación fueron prioritarios también en las políticas de origen económico, al igual que la incorporación de la clase obrera en la danza de la democracia, muchas de las principales formas sociales que se vieron inmiscuidas en el desarrollo económico fueron el paso de las sociedades rurales a las urbanas, un mayor y distinto recurso a la pobreza, y una cobertura aparente de estabilidad económica. Los márgenes, la periferia, mientras más se pauperizaban, como hasta ahora, más crecían los índices económicos que denotaban un logro civilizatorio. Es por ello que frente al Modelo de Sustitución de Importaciones, a la forma política de su manejo, pueden enmendársele algunos problemas radicales: "Los principales problemas de la estrategia tal como se aplicó en América Latina consistieron en fomentar unos métodos de producción adversos al empleo; perjudicó a los pobres, bloqueó el posible crecimiento de las exportaciones industriales, favoreció las industrias de artículos de consumo de alto costo mientras impedía la integración vertical, y aceleró el ingreso de las multinacionales en la industria doméstica" (36).

Como decíamos antes, la visión acerca del desarrollo como esa transición del atraso al progreso mediante la industrialización, residía pues en muchos de los trabajos e idearios de los pensadores de la época:

"Lo cierto es que los autores, analistas e interesados por el tema industrial coinciden cada vez más, aun cuando con intereses sociales y teóricos no necesariamente concluyentes e incluso opuestos, en que los fenómenos industriales, y económicos en general, deben acometerse aceptando la simple realidad de nuestra inscripción en el mercado capitalista mundial, como en una economía con relaciones de producción capitalistas dominantes, pero a su vez condicionadas por razones de dependencia económico-política, que operan como polo externo de una contradicción que se juega internamente, en el seno de nuestra propia formación económico social" (37).

Ahora las visiones en efecto son otras desde algunas corrientes que ejercitan el análisis del discurso. De Sousa, por ejemplo, dice que *"la industrialización no es el motor del progreso ni tampoco la partera del desarrollo. (...) la industrialización presupone una concepción retrógrada de la naturaleza, ya que desconoce la relación entre la degradación de la naturaleza y la degradación de la sociedad protegida por dicha naturaleza (...) para las dos terceras partes de la humanidad la industrialización no ha generado desarrollo alguno"* (38). Esta perspectiva no es fácil de encontrar en los análisis pretéritos, fundamentalmente porque no era fácil mostrar el hiato entre el desarrollo, la industrialización y las mejoras sociales si se miraba el relato de la historia europea contada por la revolución industrial un tanto de la mano con la modernidad. De todas maneras y aunque existiese una posición triunfalista en términos del desarrollo, desde allí y todavía se ven las consecuencias nefastas de los procesos de industrialización.

Escobar, un poco cercano a De Sousa, dice que:

*"en lugar de definir nuestras necesidades de acuerdo a la dinámica cultural y social de nuestros propios países, nos dimos a concebir nuestras economías como la necesidad de grandes industrias, comenzamos a equiparar nuestros hábitats con grandes ciudades de modernos edificios, la gestión social con complicados modelos de planificación (...); esto también significó el asumir la ausencia de la capacidad de leer y escribir como problema, la producción de subsistencia como arcaica, los valores comunales como incompatibles con el nuevo espíritu del progreso"* (39).

Lo que se le enmienda al proceso de industrialización no puede estar sólo cargado de juicios valorativos. Cuando la noción de desarrollo se une a la de industria, máxime si su relación está del lado de una crítica a los grados de dependencia que tenían los países no industriales en un mundo que se movía económicamente por ello desde los albores de la revolución industrial, denota que en efecto la industrialización cobijaba otra noción moderna pretérita al desarrollo o, al menos, correlato de ésta: la autonomía. Los choques radicaban en la escogencia de un modelo por sobre los axiomas políticos que pudiesen desprenderse. Inclusive, la relación de dependencia nacía para *"caracterizar la condición de ciertos países del Tercer Mundo que han podido industrializarse, aunque sin salirse de los marcos de la (propia) dependencia"* (40), es decir, aunque aquí aseguremos que pareciese que la industrialización era necesaria en términos del desarrollo, no iba de la mano completamente con la autonomía que servía como correlato, ya que los grados de dependencia seguían imponiéndose ahora a manera de economía internacional, productos exportables y capitales. El hecho de que la apertura económica todavía no se viera dentro de las especificidades de la economía internacional, no quiere decir que en efecto la base de la economía fuese también internacional, e incluso, para América Latina, dependiese del contexto internacional.

De todas maneras la noción de autonomía era bastante frágil, no solamente en la medida de los bienes exportables o la forma mediante la cual los países de América Latina consolidaban su economía –que por cierto era de maneras bastante distintas- sino por las exigencias que de alguna manera presenta el hecho de seguir un modelo cerrado que, además de todo, era mundial. Las economías del mundo se cerraron para favorecerse después de la guerra y, seguramente, ante esa posible consolidación, ampliar las fronteras. Ahora, en este tiempo, puede verse la sucesión del modelo de economía cerrada: la garantía para una posterior economía.

La apuesta que se le hizo a la economía, valga resaltarlo, es sólo una entre las tantas otras que pueden implementarse, y esto para todos los modelos ocurridos en la historia latinoamericana y mundial. Parece que la afirmación: no hay conocimientos inmutables sino sólo posibles y la adhesión a una postura determinada responde sólo a factores políticos y, por ello, a relaciones de poder –que se creía había sido resuelta-, ahora parece ser olvidada. Aunque la ciencia y su parcialidad fueron develadas, en mucho grado por el drama del positivismo lógico, la verdad fue escondida tras las puertas de la opinión pública, la intimidad fue perdida, la tecnología se posó como icono de lo social y la cultura en plural fue subsumida por la uniformidad cultural. Parece que desconocemos que el poder puede develarse, ese poder que bien desestructuró Michel Foucault cuando afirmó de la manera más categórica que:

*"La verdad no está fuera del poder, ni carece de poder (...) La verdad es de este mundo; es producida en este mundo gracias a múltiples imposiciones, y produce efectos reglados de poder. Cada sociedad posee su régimen de verdad, su 'política general de la verdad': es decir, define los tipos que acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos de los falsos, la manera de sancionar a unos y a otros; las técnicas y los procedimientos que son valorados en orden a la obtención de la verdad, el estatuto de quienes se encargan de decir qué es lo que funciona como verdadero"* (41).

Cuando las decisiones son entregadas a aquellos que arman la maquinaria de un Estado, se estará posibilitando un parámetro determinado de acción, en este caso económica, para devenir en un modelo, que no es más que una de las formas como funciona la máquina del poder. El paso de lo posible, eso que se da en la medida de un ejercicio burocrático o tecnocrático, a lo verdadero, está demarcado por una implantación discursiva que denota la imposibilidad de otros posibles. Lo paralelo, que unas veces está al margen, otras dentro de la misma máquina, no tiene como condición de existencia las fallas orgánicas del ejercicio que está, que es, sino que su condición de posibilidad está en la creación de otro tipo de variables distintas a las implementadas en el estudio o

análisis que es cuerpo mismo de la maquinaria. Una creación discursiva, contradiscursiva en este caso.

En la economía es clara la distinción. La postura que en nuestro tiempo se maneja es histórica y se basa tanto en la productividad, el valor, el libre cambio, como en conceptos tales como distribución (42) y consumo, basándose en indicadores de ingreso comparativos. Una crítica a esa economía puede venir, no sólo de las causas por las cuales existe una diferenciación social, sino, y fundamentalmente, de la crítica a las nociones en las que se cimienta ese conocimiento económico. Es necesario poner en tela de juicio indicadores como el PIB, problemáticas de superpoblación desde la mirada de habitante-consumo (43), y análisis de la posibilidad de un cambio de paradigma frente a la Deuda Externa –ejercicio lucrativo del imperio- resignificada en Deuda Ecológica (44).

La apuesta política a la forma bajo la cual se manejó la economía en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial trajo consigo consecuencias devastadoras incluso para los procesos del endeudamiento económico de América Latina visto desde la década de los setentas. Así, *“la política de endeudamiento externo en América Latina, y el consiguiente incremento del volumen de deuda contraída en los mercados internacionales de capital, son también resultado directo de las decisiones de política económica doméstica adoptadas para enfrentar las exigencias económicas y sociopolíticas de un particular modelo de desarrollo y de control político a nivel(es) nacional(es)”* (45).

Este cambio de los cimientos base de la economía y el cambio de lo discursivo de manera general, es decir, en todos los ámbitos que intencionalmente se entiendan como universales, nos adentra en los análisis de los campos semánticos que no sólo implican un juego de palabras. El uso del lenguaje es una forma de vida, de pensamiento, un límite que involucra las esferas de lo humano, todas ellas, las posibles e imaginadas (46). Su uso puede cambiar estructuras de pensamiento y formas de ver el mundo, no hay que ir a Copérnico para saberlo. Lo que se trata entonces con el discurso es de develar la maquinaria de poder que está dentro de él y aquel paso de lo discursivo a lo verdadero, el poder del enunciado, de la consigna, del nombramiento. Siguiendo de nuevo a Foucault, como en estas líneas *“no se trata de un combate ‘a favor’ de la verdad, sino en torno al estatuto de la verdad y al papel económico político que ésta juega”* (47). El uso de los discursos y su inserción en el poder genera la construcción de subjetividades que, desde el reconocimiento, esparcen ‘la verdad’ en las instituciones sociales y, de esa manera, simplemente se propagan por la historia. Son, por así decirlo, verdades adquiridas que poco o nada entran a ser rebatidas.

Sigamos con Foucault, en un fragmento que nos hace las cosas bastante claras:

*“En sociedades como las nuestras la ‘economía política’ de la verdad se caracteriza por cinco rasgos históricamente importantes: la ‘verdad’ se centra en la forma del discurso científico y en las instituciones que lo producen; está sometida a una constante incitación económica y política (necesidad de verdad tanto para la producción económica como para el poder político); es objeto, bajo formas diversas, de una inmensa difusión y consumo (circula en aparatos de educación o de información cuya extensión es relativamente amplia en el cuerpo social, pese a ciertas limitaciones estrictas); es producida y transmitida bajo el control, no exclusivo pero sí dominante, de algunos de los grandes aparatos políticos o económicos (universidad, ejército, escritura, medios de comunicación); en fin, constituye el núcleo de todo debate político, y de toda una serie de enfrentamientos sociales (luchas ‘ideológicas!’)”* (48).

La ‘verdad’ entonces se riega por los discursos sociales como una articulación hegemónica de la realidad. Teniendo en cuenta que además una de las características de la verdad es que puede entrar en muchos de los ámbitos de las relaciones de los hombres, como es el caso de la política, la economía, la moral, la ética, la filosofía, ésta es una verdad que, en últimas, puede tener la certeza de crear un mundo de ninguna manera de naturaleza abstracta sino, por el contrario, completamente ligada a lo real, incluso más allá, a lo vital.

Por ejemplo la noción de La pobreza, uno de los problemas más graves que quisieron solucionar los modelos de desarrollo y, para nuestro caso por ahora, el Modelo de Sustitución de Importaciones, tenía una significación amparada en una institución como el Banco Mundial y, desde allí, era la definición posible en términos de las vías para erradicarla, no había, por decirlo, una mirada crítica universal que definiera de otra manera el significado de tal concepto. *“En 1948, cuando el Banco Mundial definió como pobres aquellos países con ingreso per cápita inferior a 100 dólares, casi por decreto, dos tercios de la población mundial fueron transformados en sujetos pobres. Y si el problema era de ingreso insuficiente, la solución era, evidentemente, el crecimiento económico”* (49). Así, la realidad latinoamericana se configuraba desde las definiciones mismas de los problemas, las variables económicas seleccionadas y las inevitables respuestas que, en últimas, se escapaban de la posibilidad de ser criticadas. Ante una definición a manera de significado universal de lo que es la pobreza, la salud, la educación, el papel del estado, etc., lo que aparece es una consigna ideológica para la acción. Tal es el poder del discurso cuando éste se encuentra dentro de los márgenes de quienes lo definen.

El poder del discurso no es algo abstracto ni refiere sólo a una entidad determinada. La característica del discurso es, ante todo, su práctica, su reproducción. Sin embargo, *“aunque es cierto que la práctica discursiva ha*

*permanecido en gran medida igual, no obstante, ha habido cambios significativos en la formación discursiva del desarrollo" (50), como lo es por ejemplo y siguiendo a Escobar, la visibilización de otros actores en el discurso llámese inclusión del campesinado en el desarrollo rural integrado o discursos como "mujer y desarrollo" en una visibilidad de género acorde con el contexto de la actualidad de los años sesenta y setenta. Luego, y como se verá de mejor manera en el capítulo tercero, la entrada del desarrollo sostenible en una visibilidad del factor medioambiental.*

\* \* \*

Dentro de los imaginarios y los modelos, América Latina fue una apuesta geopolítica venida del choque de unas relaciones de poder basadas en el poderío económico. A ciencia cierta no fue sólo una dominación o un poder oscuro que, invisiblemente, diera los toques finales a un imaginario político, ya que, y de una manera insistente, el poder aseguró una forma interna de reducir la complejidad del abismo mundial en unos valores ideológicos-económicos que eran, por más, necesarios para configurar el mandato estratégico del mundo. Pero la estrategia no fue sólo ideológica o de fuerza, sino que, como la historia lo ha demostrado, fue una estrategia circunscrita a lo vital: entre los territorios megadiversos del mundo que representan el 80% del conjunto de sus especies se encuentran, de seis territorios, tres latinoamericanos: Brasil, México y Colombia, por no citar la importancia de Venezuela con su reserva petrolera. La apuesta geopolítica nunca menguó el gran problema de la tierra y de lo que ella regurgita.

América Latina, entonces, se ha encontrado en un vaivén que va desde un occidente llamado Europa en todos los siglos de la filosofía, hasta un occidente diversificado que ahora contiene a Estados Unidos de Norteamérica en todas sus pretensiones económicas. En ese hiato de poderes mundiales, no sólo especificado en la Guerra Fría desde el dualismo político de comunismo/capitalismo, sino desde algo más antiguo como Europa/EEUU, América Latina se ha encontrado en una danza ideológica, cultural y económica. La globalización por tanto debe mirarse desde ambas perspectivas, tanto desde la intromisión de los valores modernos dados desde la Revolución Francesa, como desde los precios de la modernización propios del cambio de mandato mundial.

Si bien la globalización puede definirse como aquello que es expresión de la racionalidad económica en el seno de la estructura política, y por ello también puede significarse desde el papel del Estado y la política propiamente dicha, como es el caso de la definición de Manuel Reyes Mate (54), hay un descuido imprescindible: las inclusiones del poder. Si sólo se tratase de excluir formas alternativas, el poder podría tener una característica sólo dominante, aún más, podría tener incluso una característica visible. Pero el proceso mismo de la globalización, además de invisible, es hegemónico, es decir, es un poder que además de dar una dirección intelectual y moral –como lo define Gramsci– da un sentido a la política, la cultura, la economía y la sociedad. Un poder que al generar ese sentido, con una plena dirección, incluye lo que de suyo puede incluir, convirtiendo a lo alternativo y a los contrapoderes a una lógica propia. Tal es el significado de la globalización, la posibilidad de insertar la diferencia en la identidad (55).

¿Qué puede leerse de la afirmación acerca de América Latina como una apuesta geopolítica? Tendríamos, en este caso, que remitirnos a un aspecto que aparece como intrínseco en ese interrogante: si América Latina puede considerarse como un actor político mundial en el sentido de su inserción cada vez más clara a la maquinaria global, seguramente que pueden enmarcarse algunas razones por las cuales es ahora, y no antes, que ocurre tal impacto. Esta tesis, más que osada, puede ser falsa o sesgada, si no se mira el contexto mundial de cambio desde los años 40 del Siglo XX. Además de los grandes sumarios de la globalización, que por más se han evidenciado como procesos naturales o espontáneos y no como procesos políticos claros y estratégicos de los poderes que de allí se benefician, las partes se han modificado, y por la misma causa, para pertenecer, como en una red infinita, a tales acontecimientos.

Inclusive la naturalidad de los procesos de globalización en las partes se ven, y gracias a una nueva escala de valores y formas de vida mediadas por el control y el discurso, como características inalienables más que en la globalización como acontecimiento mundial, es decir, se hace más *natural*, por no decir *necesario*, el hecho de la inserción de las partes al proceso que el mandato mismo. En una economía global, se dice, no queda otra opción que entrar como estados nacionales o como bloques regionales a su dinámica. Lógica que desde el punto de vista del poder se nombra como indispensable o, dado el caso de una no inserción, como muerte súbita o bloque económico.

Pero detengámonos aquí. La maquinaria del poder funciona en tanto sus partes están en la dinámica y, paradójicamente, si alguna de ellas falta, no hay un cambio esencial en la propia maquinaria, ésta puede ejercer sus funciones de la misma manera. Se diría entonces que esa máquina mundial depende de la desobediencia de todas sus partes, lo que seguramente traería consigo un derrumbamiento total del artefacto. La problemática entonces cambia de plano y la dimensión funcional ejercida por tal artificio sería su poder conjunto, no paralelo y sí simultáneo, del poderío militar.

El desarrollo de la técnica, la ciencia, la información, la posibilidad de los sistemas comunicacionales, las agendas mundiales, el derrumbamiento de la soberanía Estado-Nacional, la temporalidad, la espacialidad, los

nuevos tipos de vinculación laboral, los adelantos biotecnológicos ostentados sólo por unos países, por no nombrar más características del proceso global, tienen aquí una relevancia absoluta: ¿son estos causa o consecuencia de ese proceso sin lugar a dudas no espontáneo? Esta pregunta no quiere plantearse en el sentido de encontrar un origen primero o fundamento único del estado actual de los medios por los cuales aparece la globalización en términos generalizados. La pregunta va en el sentido de qué es lo que puede hacerse con esos medios, distinto a la realidad actual, es decir, la falacia de la globalización consiste prioritariamente en autoavalarse por motivo de sus medios y no por el poder ejercido por ellos, y genera que los discursos, anti y alter, no puedan salirse del examen de tales características. Así, puede afirmarse que la globalización "es" pese a la globalización. Son dos conceptos, nombrados de la misma manera, que puede tener significados distintos.

Aunque se ha visto de manera superficial la inserción latinoamericana como actor político relevante para el mundo -para occidente si se trata de especificar-, llegar al consideración de la globalización cambia un poco los análisis. Los acontecimientos mundiales pos 1945 son relevantes, como se dijo, en la medida en que hay un nuevo reparto del poder global. Pero ¿no es la globalización otro discurso de poder?, verla como discurso no implica negar su realidad, pero sí nos indica estudiarla viéndola de afuera.

\* \* \*

Si bien se hablaba de la dificultad de inferir la construcción de realidad latinoamericana desde la economía y los modelos de desarrollo sucedidos, mucho más difícil se hace la perspectiva de la importancia del discurso en la creación de realidad cuando nos referimos a la política; más complejo, podría decirse, es con la historia. Si nos quedamos parados, como inmóviles, frente a las preguntas ¿qué o cómo es aquello que se llama mundial?, ¿es una denominación que implica a los países más importantes económicamente?, ¿es entonces la economía quien da la categorización de las relaciones mundiales?

La historia latinoamericana, según se ha visto, es modificada a partir de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, ¿sólo por haber entrado en la lógica global puede considerarse un actor político como relevante?, ¿dónde quedan los procesos que, a manera de hitos políticos y sociales, ocurrieron antes o después de las guerras mundiales, tipo el período de la regeneración en Colombia que culmina con la Guerra de los Mil Días, represiones estudiantiles y campesinas en este mismo país como la matanza de las Bananeras, procesos presidenciales de incorporación de las clases obreras como el caso de Brasil y Argentina, intentos revolucionarios-comunistas del Brasil de los años treinta, propuestas de la Teoría de la Liberación, la Revolución Mexicana de principios del Siglo XX, la masacre de la Patagonia en 1921, la Semana Trágica Argentina de 1919, El Manifiesto de Córdoba en 1918, por no hablar de lo generado tras la implantación de los modelos económicos que se fundamentaron en lo urbano, los movimientos nacionalistas e indigenistas y las matanzas en Chile desde principios de siglo? Si bien es indispensable para el sur continente americano la expresión de los movimientos de Liberación, muchas de las veces asociados a la lógica del socialismo y el comunismo en la Guerra Fría, las políticas anticomunistas fueron, fundamentalmente, asunto de Estado Norteamericano, debido como se sabe a la fuerza que podía tomar el otro que ostentaba el poder. Con todo, parece que se evaporan acontecimientos como el de México en 1968, las guerras interestatales y todo aquello que no entraba dentro de la lógica de oposición capitalismo/socialismo.

¿Cuál ha sido la historia que nos han contado de América Latina?, ¿revisar las categorías propias de la lógica del poder, desplaza la revisión de la otra historia al margen que puede develarse? La historia latinoamericana y las propuestas que de allí han salido, si bien ahora responden las más de las veces a contradiscursos de poder, respondieron a acontecimientos propios que en algunas ocasiones no revelan las políticas ni su desenvolvimiento. La pregunta entonces se dirigiría a ¿qué de la memoria colectiva responde nuestra propia historia, presente y futurible?, ¿la globalización también globaliza o universaliza las memorias particulares?, ¿la construcción de América Latina sobre qué bases se consolidó? La universalización de los discursos hegemónicos parece ser más el diagnóstico de una cierta y peculiar particularización que pudo insertarse, de manera hegemónica, como articulación de las diferencias sociales y culturales, articulación que viene dada por los parámetros o categorías propias de los pensamientos constituidos como únicos. Entre tanto, decir que existe una pluralidad histórica no indica que las articulaciones no vengán dadas de antemano por la forma en como se ve el mundo y las concepciones políticas que cobijan la lógica mundial.

Si nos hiciéramos en este orden la pregunta que se hizo Manuel Reyes Mate acerca de un posible espacio latinoamericano y mezclando esa caracterización con el problema de la memoria, los universalismos y los particularismos, diríamos con él lo siguiente:

*"Ningún espacio es posible si no nos libramos de la falsa universalidad occidental, y por tanto, de la falsa universalidad que supone el discurso de la globalización. Que la crisis económica del Japón o de Rusia afecta las economías latinoamericanas y europeas sólo significa dos cosas: que el invento occidental de la 'economía de mercado' se ha universalizado y que todos los mercados están relacionados. Pero ni el bienestar del mercado afecta el bienestar de todos y cada uno de los ciudadanos (y esto ni en el Primer ni en el Tercer Mundo) ni siquiera el mercado agota las posibilidades de la economía. Hay que desinflar el globo de la globalidad" (56).*

Como se ve, hasta ahora nos es posible afirmar que América Latina es una apuesta geopolítica. No obstante, tal afirmación no se ha consolidado sino en la medida de haber revisado un tanto el discurso, los imaginarios, lo que puede decirse ahora del Modelo de Sustitución de Importaciones y algunas reflexiones acerca del poder y la globalización. Es necesario entonces, para darle más forma a esta apuesta discursiva, sostener un diálogo con el nacimiento de otros discursos, las posturas de la globalización y la problemática de la identidad. A eso nos adentramos en el siguiente capítulo.

## BIBLIOGRAFÍA

- BOLÍVAR, Simón. Carta de Jamaica. [en línea]: bibliotecas virtuales.  
[www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/LiteraturaLatinoamericana/SimonBolivar/cartadejamaica.asp](http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/LiteraturaLatinoamericana/SimonBolivar/cartadejamaica.asp)  
 [Consulta: 20 agosto 2004].
- ESCOBAR, Arturo. Desarrollismo, ecologismo, y nuevos movimientos sociales en América Latina. En: Revista Universidad de Antioquia. 218. Medellín, Colombia. 1989. p. 13-27.
- . El final del salvaje: naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea. Bogotá: CEREC, 1999.
- . La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo. Colombia: Norma, 1996.
- FOUCAULT, Michel. Arqueología del saber. México: Siglo XXI, 1979.
- . El sujeto y el poder. Bogotá: Carpe Diem, 1991.
- . Estrategias de poder. España: Paidós, 1999.
- . Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas. España: Planeta-Agostini, 1984.
- . Microfísica del poder. Madrid: La piqueta, 1992.
- . Saber y verdad. España: La piqueta, 1991
- . Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. México: Siglo XXI, 1984.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. La globalización imaginada. Argentina: Paidós, 1999.
- GARRETÓN, Manuel Antonio (coord.). América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 1999.
- . América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 1999.
- HABERMAS, Jürgen. Teoría de la acción comunicativa. Madrid: Taurus, 1989.
- HARDT, Michel y NEGRI, Antonio. Imperio. Argentina: Paidós, 2002.
- HOBSBWAM, Eric. Historia del siglo XX. 1914-1991. Barcelona: Crítica, 1996.
- HUNTINGTON, Samuel P. La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX. Barcelona: Paidós, 1994.
- LACLAU, Ernesto. Emancipación y Diferencia. Buenos Aires: Ariel, 1998.
- LYOTARD, Jean Francois. La condición posmoderna. México: Rey, 1999.
- MARTÍ, José. Obras Completas. La Habana : Editorial Nacional de Cuba, sf.
- RESTREPO, Luis Alberto. La crisis política de América Latina y sus nuevos movimientos sociales. En: Análisis Político. Bogotá. IEPRI. No. 6. (ene.-abr. 1989); p. 14-23.
- SHEANHAN, John. Modelos de desarrollo en América Latina. Pobreza, represión y estrategia económica. México: Alianza, 1990.
- VIEIRA, Edgar. La integración de América Latina: del congreso Anfictionico de Panamá en 1826 a una Comunidad Latinoamericana o Sudamericana de Naciones en el año 2010. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2004.

---

## NOTAS:

1. Este escrito es el primer capítulo de la tesis de maestría llamada *América Latina entre regímenes y modelos: deconstrucción de los discursos sobre identidad y desarrollo*.
2. Nos centraremos en algunos aspectos del Modelo de Sustitución de Importaciones después de 1945. No obstante este mismo tiene una historia más antigua, algunos autores lo rastrean desde antes de la Gran Depresión de 1929. Por lo tanto, aquí se especificará tal modelo en cuanto a las políticas de la CEPAL sucedidas culminada la Segunda Guerra Mundial. Así mismo, no se ha tomado el desenlace al Modelo Neoliberal, actualmente estipulado, ni las políticas previas o posteriores que han emergido de allí.
3. GARRETÓN, Manuel. Las sociedades latinoamericanas y las perspectivas de un espacio cultural. Una introducción al debate. En: GARRETÓN, Manuel (ed.). América Latina: un espacio cultural en el

- mundo globalizado. Colombia: Convenio Andrés Bello, 1999. p. 4.
4. Hablamos de la crisis de la política también en el sentido dado por Garretón, cuando afirma que *"la política, entonces, ofrece aparentemente menos de lo que ofrecía antes. Entre otras cosas, porque la transformación estructural, y el cambio de modelo de desarrollo han significado que el Estado ha perdido el monopolio de ofertas de bienes materiales o simbólicos, salud, vivienda, previsión, comunicación, muchos de los cuales se han privatizado. El Estado y, a través de él, la política, dejan de ser los grandes ofertantes y lo que ofrecen es menos aparente y más abstracto: la vida social en una comunidad política, en la polis. Por lo tanto, la política deja de ser el vehículo necesario para generar esos bienes y, al mismo tiempo, la subjetividad se expresa en muchas otras cosas que en ideas y proyectos ideológico políticos"*. Ibíd. p. 24-25.
  5. El pos-orden mundial a ciencia cierta no tiene una naturaleza determinada sino que, por el contrario, reviste una característica más compleja: su artificialidad. No obstante, las realidades aparentes en los ámbitos jurídico-legales, administrativos, internacionales, inclusive locales y relacionales, se empapan de tales elementos de verdad mientras construyen tal artificio en un modelo para la acción.
  6. Una definición precisa en términos de lo que es el desarrollo es esbozada por Arturo Escobar mediante las siguientes palabras, las cuales, sin duda, son la columna vertebral de éste capítulo: *"Podemos definir el desarrollo como conjunto de prácticas y estrategias originadas en el discurso de posguerra sobre el Tercer Mundo. Decimos que el desarrollo es una invención porque fue, y aún es, la respuesta dada por los países industrializados a una situación histórica muy específica que caracterizaba en ese entonces a los países de Asia, África, y América Latina. No fue una respuesta autónoma y endógena, nacida de la propia dinámica de estos países"*. ESCOBAR, Arturo. Desarrollismo, ecologismo, y nuevos movimientos sociales en América Latina. En: Revista Universidad de Antioquia. 218. Medellín, Colombia, 1989. p. 13.
  7. VILLARES, Ramón y BAHAMONDE, Ángel. El mundo contemporáneo. Siglos XIX y XX. Madrid: Taurus, 2001. p. 515.
  8. ESCOBAR, Arturo. La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo. Colombia: Norma, 1996. p. 22.
  9. Confróntese: LYOTARD, Jean Francois. La condición posmoderna. México: Rey, 1999. p. 57-61.
  10. GARRETÓN, Manuel. Op. cit. p. 25.
  11. La noción de globalización se abordará en este escrito sólo en la medida de ser un correlato del análisis. En esa medida, esta noción será entendida tanto desde la óptica de ser un discurso de poder, como desde su propia polisemia. Decimos que la globalización no sólo se refiere al proceso de una economía global (entendida sin duda como modelo), sino que instituye una aparente globalidad de más ámbitos, como lo son, a ciencia cierta: la cultura, la política, las dimensiones laborales, la ecología. No obstante, y a nuestra manera de ver, todas estas formas de globalización no son aisladas ni se entienden por separado. Sin embargo, es la globalización desde la perspectiva económica la que supo generar, dilucidar y vender, sus demás aristas de definición, las cuales saben anular, las demás particularizaciones. La globalización es la más clara apuesta discursiva de lo real. La globalización es una posibilidad convertida en un hecho singular.
  12. DE SOUSA SANTOS, Boaventura. La caída del angelus novus. Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1993. p. 32.
  13. Esta situación podría significarse como el juego de los discursos superpuestos, no sería en todo caso exactamente un metadiscurso, ya que media la modificación adrede del 'discurso base'.
  14. Confróntese con: WITTGENSTEIN, Ludwig. Investigaciones filosóficas. Barcelona: Crítica, 1988.
  15. REYES MATE, Manuel. ¿Existe un espacio propio latinoamericano? En: GARRETÓN, Manuel. Op. cit. p. 83
  16. Confróntese con: FUKUYAMA, Francis. El fin de la historia y el último hombre. Barcelona: Planeta, 1992.
  17. HABERMAS, Jürgen. Teoría de la acción comunicativa. Madrid: Taurus, 1989.
  18. FOUCAULT, Michel. Estrategias de poder. España: Paidós, 1999. p. 55.
  19. ESCOBAR, Arturo. (1989) Op. cit. p. 13.
  20. HEGEL. Filosofía de la historia. Ediciones Zeus. Barcelona. 1970. Citado por: REYES MATE, Manuel. ¿Existe un espacio propio latinoamericano? En: GARRETÓN, Manuel (ed.). Op. cit. p. 84.
  21. Retomada desde 1845 en el libro que lleva el nombre de Facundo, civilización y barbarie, del autor Domingo F. Sarmiento. Más atrás puede pensarse en lo que significaron las invasiones bárbaras para el Imperio Romano.
  22. He aquí la clara diferenciación que denunciaba Leopoldo Zea cuando afirmaba una confrontación evidente: la adaptación y la adopción, en este caso, de los símbolos o modos modernos, aunque su

- discusión estuviese más del lado del intento de compatibilidad o no de la cultura americana y la cultura europea. Así es que lo que se hizo con la modernidad, y mucho más con la modernización, fue más una adaptación a nuestras propias necesidades. La resignificación o la adaptación se dio desde unas ausencias relevantes, como la no introducción de algunos de los paradigmas de la ilustración europea. Confróntese con ZEA, Leopoldo. En Torno a una filosofía Americana. Cuadernos Americanos 3. México: Nueva Imagen, 1942 .p. 63-78.
23. BOLÍVAR, Simón. Carta de Jamaica. [en línea]: bibliotecas virtuales. [www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/LiteraturaLatinoamericana/SimonBolivar/ cartadejamaica.asp](http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/LiteraturaLatinoamericana/SimonBolivar/cartadejamaica.asp) [Consulta: 20 agosto 2004].
  24. En palabras de José Martí que nos obligan a una cita extensa: *“Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiriera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España pudo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”*. MARTÍ, José. Obras Completas. La Habana : Editorial Nacional de Cuba, 2001. p. 46.
  25. DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia. España: Pretextos, 1995. p. 37.
  26. ESCOBAR, Arturo. (1989) Op. cit. p. 14.
  27. KOLKO, Gabriel. Confronting the Third World , United States Foreign Policy, 1945-1980. Nueva York. Pantheon Books. p. 39-40. Citado por: ESCOBAR, Arturo. (1996) Op. cit. p. 66.
  28. HOBSBWAM, Eric. Historia del siglo XX. 1914-1991. Barcelona: Crítica, 1996. p. 61.
  29. Ibíd. p. 435.
  30. Ibíd. p. 433.
  31. La CEPAL consideraba que una economía cerrada sería el garante del desarrollo del continente latinoamericano, fundamentalmente por ser este modo el único posible para sentar las bases de una nueva economía que tuviese en cuenta las diferenciaciones reales del sur continente con el mundo. Esta característica del desarrollo escondió lo que más tarde diría la falacia desarrollista: lo que se sentaron fueron las bases del desarrollo esperado en una lógica global.
  32. SHEANHAN, John. Modelos de desarrollo en América Latina. Pobreza, represión y estrategia económica. México: Alianza, 1990. p. 118.
  33. Cuando hablamos de economía extractiva la tratamos como distinta a los modos de producción sustentados en la explotación de los recursos naturales que, de todas maneras, ejercía una diferenciación geopolítica en términos de riqueza, fundamentalmente si se compara la explotación agropecuaria con la industria y los paradigmas que se alzaban en pos de un tipo de desarrollo. La distinción se hace en la medida en que lo que queremos mencionar alude a la extracción de recursos no renovables y renovables, éste último sin la implantación de una producción planificada.
  34. MISTRAL, Gabriela. El presidente Obregón y la situación de México. En: Escritos políticos. p. 249. Citada por: DEVÉS VALDÉS, Eduardo. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX entre la modernización y la identidad. Tomo uno. Argentina: Biblos, 2000. p. 293.
  35. DORFMAN, Adolfo. La intervención del Estado y la industria. Buenos Aires: Argentina de Finanzas, 1944. p. 63.
  36. SHEANHAN, John. Op. cit. p. 121.
  37. GUTIÉRREZ, José Arturo. Expansión, atraso relativo y transnacionalización de la industria. En: CORREDOR, Consuelo (ed.). Estructura económica colombiana y deuda externa. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1985. p. 76.
  38. DE SOUSA SANTOS, Boaventura. Op. cit. p. 31.
  39. ESCOBAR, Arturo. (1989) Op. cit.
  40. AHUMADA, Consuelo. El modelo neoliberal y su impacto en la sociedad colombiana. Colombia: El Áncora, 1996. p. 27.
  41. FOUCAULT, Michel. Estrategias de poder. España: Paidós, 1999. p. 53.
  42. Valga resaltar que una de las características de la globalización es, en efecto, la desintermediación. No obstante aquí manejamos todavía el término “distribución” ya que no se ha modificado del todo ese ciclo económico.

43. Este debate se examinará en el capítulo tercero de esta tesis.
44. *"Identificar la relación entre la Deuda Financiera y la Deuda Ecológica no significa proponer una condonación mutua para solucionar la crisis de la deuda financiera. No pretendemos obtener un paz y salvo de la deuda financiera si el Norte reconoce su Deuda Ecológica. La Deuda Ecológica no es un instrumento para la condonación de la deuda financiera. Y no puede ser así porque la deuda financiera del Sur ya ha sido pagada, al menos de dos maneras: mediante los procesos de transferencia de capital pagados a título de la misma, y a través de los procesos de transferencia de recursos financieros que genera, como conjunto, el orden económico internacional. Al Sur sólo le han correspondido los costos sobra del endeudamiento, a saber: pago del servicio de la deuda, inflación, devaluación y ajuste estructural"*. BORRERO NAVIA, José María. La deuda ecológica. Testimonio de una reflexión. Colombia: FIPMA, 1994. p. 52.
45. TURBAY MARULANDA, Gabriel. El papel del endeudamiento externo en la gestión de desequilibrios macroeconómicos y en el proceso de ajuste: aspectos del caso colombiano. En: CORREDOR, Consuelo (ed.). Op. cit. p. 43.
46. "La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza" diría Orwell en su novela 1984.
47. FOCAULT, Michel. Op cit. p. 54.
48. Ibíd. p. 54.
49. ESCOBAR, Arturo. (1996) Op. cit. p. 55.
50. ESCOBAR, Arturo. (1996) Op. cit. p. 296.
51. Aquí se toma genealogizar como el ejercicio propuesto por Foucault desde lo que él entiende por genealogía, expuesto más adelante.
52. Entendemos genealogía en el sentido de Foucault: "Una forma de historia que da cuenta de la constitución de los saberes, de los discursos, de los dominios del objeto, etc., sin tener que referirse a un sujeto que sea trascendente respecto al campo de los acontecimientos o que corre en su identidad vacía, a través de la historia". FOCAULT, Michel. Op. cit. p. 47.
53. ESCOBAR, Arturo. (1996). p. 93.
54. Esta definición se encuentra en su artículo: "¿Existe un espacio propio latinoamericano?". GARRETÓN, Manuel (ed.) Op. cit. p. 77.
55. El capítulo siguiente develará algunas de las problemáticas de la identidad.
56. REYES MATE, Manuel. Op. cit. p. 93.

Close Window